

DEP-M
46740



TREINTA
SONETOS

DE

JESUS
ARCENSIO

INSTITUTO DE ESTUDIOS ONUBENSES
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE HUELVA



Jesús Arcensio Gómez Sánchez, nace en Galaroza (Huelva) en Enero de 1.911. Su vocación poética arranca desde su niñez. Todavía es alumno de la Escuela Primaria cuando compone sus primeros versos. Más tarde estudia y termina la carrera de Magisterio en Granada y Huelva. Aun adolescente empieza a publicar sus poemas en revistas y páginas literarias de diarios. Varias veces prepara libros que deja sin publicar por un excesivo espíritu de autocrítica. Poemas suyos son recogidos en varias antologías nacionales. Este es su primer libro.

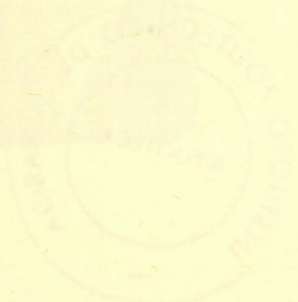
Registro de ENTRADA	
Núm.	3840
Fecha	7 - XI - 49



Registro de ENTRADA

Núm. 3840

Fecha 7-VI-37



[Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page]

DEP-M
46740

Treinta Sonetos de Jesús Arcensio

INSTITUTO DE ESTUDIOS ONUBENSES
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE HUELVA



224286

Treinta Sonetos de Jesús Arce

INSTITUTO DE ESTUDIOS GONZALESIOS
EXPOSICIÓN DE LOS PRODUCTOS DE LA TIERRA





INSTITUTO DE ESTUDIOS ONUBENSES

SIGUIENDO la línea de sus trabajos poéticos, el Instituto de Estudios Onubenses «Padre Marchena» y como homenaje a los principales poetas de la provincia pretende, al margen de sus publicaciones antológicas sobre el tema, ofrecer una serie de Cuadernos de Poesía sobre diferentes autores que merecen este sencillo pero sincero tributo de admiración a su obra.

Después de la primera publicación dedicada a José María Morón, viene ahora la que presentamos en honor de Jesús Arcensio, uno de los mejores poetas actuales de nuestra Huelva. No ha sido fácil lograr esta selección de treinta poemas, dada la extensa y acertada producción del poeta y lograr vencer su largo y permanente criterio de guardar celosamente sus creaciones en la intimidad.

Queremos dar las gracias a Jesús Arcensio por su atención, a ese otro poeta onubense, Rafael Manzano, que en la distancia se une de forma tan entrañable a la labor de este Instituto y a José María Franco que supo en su fértil imaginación captar todo el dinamismo de una concepción perfectamente lograda.

JOSE MARIA SEGOVIA AZCARATE
DIRECTOR



Introducción al mundo poético de Jesús Arcensio

iA QUI está, varado en mi recuerdo, Jesús Arcensio Gómez, joven, como en la imagen de un viejo daguerrotipo! Se asoma al barandal de la «permanencia» del Colegio de San Casiano, la mirada perdida entre el cristal de las fuentecillas del patio y el verde de las hojas del jardín. Tenía, ya, en su adolescencia, fama y leyenda. Los menores sabíamos (primeros años de bachiller, pupitre, D. José Oliva, próximo) que llegaba, a veces, por la puerta excusada de la calle Issac Peral, un soneto y, quizá, la humedad del último chato de manzanilla, en los labios.

Era la Huelva de la década de los años «30», anterior a nuestro conflicto civil. Jesús Arcensio, Pérez Palacios y yo redactábamos, en «LA PROVINCIA» de Federico Muñoz la página «Letras» con frescos originales de Jorge Guillén o Miguel Hernández. De súbito, como un navío empavesado de fantásticas banderolas, atracaba en el «Bar América» Adriano del Valle y extendía, sobre el velador, junto a los catálogos de máquinas «Ajurias» su otro catálogo, más amado y menos rentable, de poetas. Libros

impresos por Manuel Altolaguirre. La revista «Noroeste» o «Litoral» oliendo a oleaje y chanquete malagueño.

Cuando la guerra mató a la Huelva juanramoniana y se llevó, para siempre, al «tío de los roscos», al barquillero de la calle de la Concepción y al «niño de los jazmines», Jesús Arcensio se embarcó, con nosotros, en una aventura periodística; la de «LA PROVINCIA DE FÉ», auspiciada por un Bartolomé Aragón Gómez, recién llegado de la Roma mussoliniana, levantando, allá, en la «Plaza de las Naciones» su hoguera inquisitorial de libros requisados, junto a un humeante artilugio proyectado por Pepe Caballero.

La redacción estaba encima de «La Papelería Inglesa». En la escalera nos tropezábamos con mi tío Rogelio Buendía Manzano, soñador, desasido en aquellos días terribles, a veces, entre los dedos, un puñado de cuartillas donde había logrado encerrar, según él decía, palabras con perfumes.

Si llevábamos nuestros originales, previo visto bueno de Celestino Minguela, improvisado director, a los talleres, en la Avenida Sundheim, se filtraba, en el olor a tinta de los rodillos de la asmática «Marinoni», el de los rosales cultivados por Luchy Muñoz, esposa de Rogelio, a punto de edición su espléndido «Bosque sin salida».

Pero Jesús Arcensio no podía ir, como nosotros y gracias a su fidelidad poética, al campo periodístico. Ciertamente; durante el drama civil sirvió en «altavoces» del frente. Y le habló, al otro bando, no de odios, pulgones o ciñaza sino del sueño de una luz dorada sobre los trigos.

Luego, al regresar yo, estropeado de la mano izquierda, de un tiro, se subió a la plataforma del tranvía de una nueva aventura literaria ideada en colaboración con mi primo Mariano Orta. La revista «Chabola» en la que buscamos, a la sombra de una consigna de Dionisio Ridruejo, la granazón de una poesía épica calzando, no coturno clásico, sino bota de soldado.

El ácido desintegrante supuesto, para una generación, un tiempo de prueba, separó al grupo. Mariano se fue a rumiar sueños a Guinea; Pérez Palacios pasó a una redacción, en Santander, cambiando a las chorradas sirenas de Punta Umbría, por las del Sardinero. Yo me dirigí — me dirigieron — a Cataluña. Jesús Arcensio, que pudo marear en navegaciones de altura prefirió echar el ancla en Huelva. Allí ha consumido, asumido, su signo, su sino y su destino.

ARCENSIO Y LAS GENERACIONES

No sería justo inscribir, a Jesús Arcensio, en el paisaje local de la poética onubense, con ser ella, tan rica y jugosa. Se encuentra injerto en una generación definida. José Luis Cano en su libro «Poesía española contemporánea» (editorial «Guadarrama») analiza a la lírica de los años «40». Su estudio, sin embargo, se remonta a la «noventa y ochista» y la «modernista», a la que sigue el grupo de 1927; el conflicto civil quiebra la cadena y rompe el cristal del espejo. Ahora bien, prensado entre el inicio de la pugna y la «generación de la Dictadura» aparece otro grupo; el de Luis Rosales, Luis Felipe Vivando, Leopoldo Panero, el mismo Miguel Hernández. Por ahí debemos buscar linajes y ascendencias generacionales de Jesús Arcensio. Es un poeta a caballo del drama civil y nacional.

La poética de nuestra trasguerra sufrirá cuatro variantes; primero, retorno a los clásicos, con la «Juventud creadora» anatematizada por Vicente Gaos, por desvinculada de la realidad; segunda recobro de la vida y contacto con la circunstancia a través del desgarrado «Los hijos de la ira», de Dámaso Alonso, sacudido como un aguafuerte goyesco; tercera, búsqueda de un Dios «deseado y deseante» (Panero, Rosales, Valverde). Y, por último, ruptura y compromiso político (Celaya, Blas Otero, Goytisolo, etc., etc.).

Jesús Arcensio, anclado en Huelva, sigue atento el fluir de las corrientes plurales. Y se mantiene fiel a un doble mandato; al de la Poesía del Siglo de Oro, tersa, clásica, tibia como un mármol con sol; y al paisaje natal, que no es el marinero, sino el serrano. Del mundo agrimensur arranca las mejores metáforas.

La mazorca del alba se desgrana sobre la falda de los encinares.

En ocasiones Arcensio mete en un soneto una deliciosa atmósfera diociochesca, como una linda acuarela de Boucher o de Watteau. Así, «Tocador», digno de ser recitado por «La Pompadour».

Debajo de la perfección estilística aparece en la poética arcensiana una cálida pasión viril. Se derrama, unas veces, por venas de enojo enfurecido.

**Digo tu nombre, sí. Y en la serena
voz de duelo que alzada sobre el llanto
clama por tí, la pena calla tanto
que en lugar de a dolor, a piedra suena.**

O ese inolvidable «Renacimiento» donde el poeta se recrea amanejiendo del propio y adolorido costado alumbrador.

Poeta, también, del amor. Su palabra se vuelve tierna y piropeadora, casi en olor a madrigal.

**¡Qué pedrada de sol hirió al invierno
a su imprevisto salto del tranvía!**

Vivir con frontera en el puente del Anicoba perjudicó, sin duda, a este enorme lírico; y fue desalojado, injustamente, de modernas antologías. Su pereza en recoger sus poemas le impidió agavillar un libro. Ya está aquí, el primero, cosechado, granado, florido y frutado con la espera. Son sonetos amorosos, regados como los redondos, áureos melocotones de su Galaroza natal con agua de nevero y soledades. Yo me lo figuro en Huelva, estirado, señoril, ya un poquito tirando a ceniza el pelo negreador, de la cafetería «La Española» a la esquina de La Placeta; aquí un «chato», allá un café, cerca una sonrisa. Y a la hora íntima y sola, el roce, la fricción de una sombra en el hombro, y un ángel sin peso, gótico de las alas, ávido de confesiones, junto a su estatua.

**En esta desolada angustia mía
no es metal, sí cristal, sí casi nada,
silencio casi de tan voz delgada,
mínima voz, la voz de mi agonía.**

RAFAEL MANZANO

A la Virgen del Carmen
Patrona de Galeroza

Tu que del mar te sacaron
dada que a ti nos te sacaron
de la vida a la muerte
de la muerte a la vida
de la vida a la muerte
de la muerte a la vida

Antes de nacer te sacaron
de la vida a la muerte
de la muerte a la vida
de la vida a la muerte
de la muerte a la vida
de la vida a la muerte

Antes de nacer te sacaron
de la vida a la muerte
de la muerte a la vida
de la vida a la muerte
de la muerte a la vida
de la vida a la muerte

A la Virgen del Carmen
Patrona de Galeroza
Treinta Sonetos
de
Jesús Arcensio

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

Second block of faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side.

Jesus Arcebispo
de
Santos

A la Virgen del Carmen, Patrona de Galaroza

TU, que del mar te nombran Capitana,
dejas aquí el timón por la mancera.
Y, así como excelente marinera,
eres también magnífica hortelana.

Rumbos de miel le das a la manzana;
rumbos de flor a cada primavera;
rumbos de pan a cada sementera;
rumbos de amor le das a la serrana.

Mira, Madre, qué mar tan deleitosa,
qué oceanía de tréboles y flores
mece a tus pies su plácido oleaje.

Anclando vas tu amor en cada cosa
cuando el serrano mar de tus amores
navegas en virgíneo cabotaje.

Paisaje

EL grano que la mano sembradora
lanza a lo azul, retorna en lluvia de oro,
fértil chubasco, que al yugado toro
va siguiendo la pista labradora.

Soñando lejanías, la pastora
mira beber en el cristal sonoro
del río a sus corderos, con decoro
de diosa tutelar y protectora.

Vuelos. Canciones. Gritos. Cazadores
furtivos esquivando los caminos.
Invisibles mastines ladradores.

Es humo el olivar. La parda encina
predica fortaleza. Viejos pinos
duermen su verde sueño en la colina.

A Dante

"Amor que ne la mente mi ragiona"
DANTE. D. C. Ctº. IIº. El Paraiso.

COMPAS de solo amor. Apasionado
aire. Clave de fuego. Y, una a una,
subes, bajas escalas, sin fortuna,
de tu estéril amor desesperado.

Beatriz, un eco muerto. A tu costado
mil voces de verdad la vida acuna.
Mientras tú bebes agua de laguna
corre a tus pies un río desbordado.

Absuelve, purifica en alegría,
indulta de ese amor que habla y tortura
a tu angustiada mente. Y mira. Mira

a que infiernos su voz te conducía.
¡Vuelve los ojos a la alegre y pura
luz del amor que besa y que suspira!

Surtidor

DE cristal y rumor junco fluyente
tan fino, que de fino se ha quebrado.
Y, desasida, al aire se ha quedado
su corola de luz, su flor urgente.

Si evadido, mojado y transparente
tallo de agua, del agua es remontado,
es del aire llovido, derramado
sobre el fresco regazo de la fuente.

¡Oh, escueta, quebradiza criatura
que ante la expectación de los jazmines
siempre escalando está su propia altura!

Alas le diera yo de serafines,
para que realizase la aventura
de abandonar en vuelo los jardines.





Jardín en sombra

PENANDO estás en sed de luna llena.

Y la sombra, pulsada por el viento,
bebe al jazmín su perfumado aliento
y a silencio, en el césped, se condena.

¿Quién adivina al pez sobre la arena
del fondo del estanque, soñoliento,
ahogada flor? ¿Y qué cuchillo lento
desangra de su albura a la azucena?

Desterrado el color, sólo el aroma,
de jardín, en la sombra, te acredita.
Y hay tanta sombra ya que se desploma

en tu quietud la noche toda entera,
arrastrando al lucero que gravita
sobre los brotes de la enredadera.

A Francisco Montero

MONTERO de celestes monterías,
cazador de ilusiones: ¿Quién se inquieta
por los disparos que hace tu escopeta?
¡Si su carga es de amores y alegrías!

Gran Cetrero Mayor de fantasías,
un halcón ideal tu mano aprieta.
Y tu mochila deja bien repleta,
si lo sueltas, de afanes y agonías.

Trampero de mil tiernos cervatillos
de líricos instantes que atrapados
en tus trampas de amor son. Por sencillos

cebos de tus bondades reclamados,
se quedan para siempre entre los grillos
de tu prosa poética apresados.

Amor encastillado de silencio

EN esta desolada angustia mía
no es metal, sí cristal, sí casi nada,
silencio casi de tan voz delgada,
mínima voz, la voz de mi agonía.

El llanto, seco. La melancolía,
en rezo está y murmullo nivelada.
Y en éxtasis y arrobos clausurada
la pena que a los ojos me salía.

Sonámbula de olvidos, la paloma
de mi callado amor el ala doma,
cobarde de volar hasta mi anhelo.

Suspiro mío; pájaro elocuente:
El aire sosegado de su frente
se propicie de rumbos a tu vuelo.

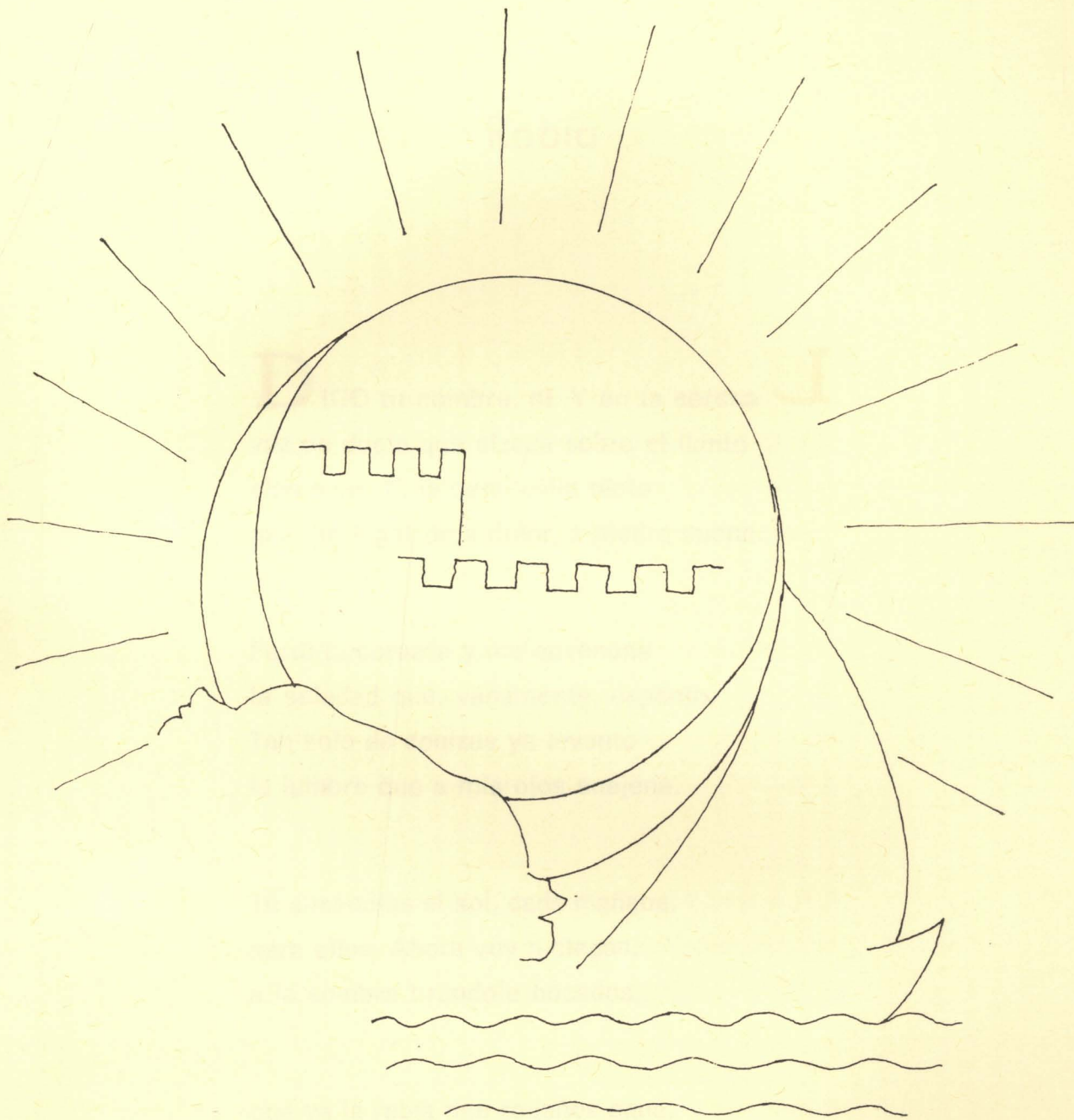
A Niebla, Ciudad dormida

LAME el sol los tremendos cornalones
con que el toro del tiempo tu muralla,
terco, quiere abatir. La brisa calla
y acaricia tus viejos desgarrones.

Encantada ciudad, Niebla. Ilusiones
de hacer hoy el ayer. Loca batalla
es quererle poner al tiempo valla
y vararlo en un mar de evocaciones.

Navío anclado junto al rojo río
que naves salomónicas meciera;
arca de historia, fama y poderío;

ciudad de los mil sueños: ¡Quién pudiera
devolverte tu vieja voz, tu brío,
la gloria de tu antigua primavera!



JOSE M^o
FRANCO

La Niebla Ciudad de México

LA AIRE de los truenos y las tormentas
con una de las delicias de nuestra
ciudad que es el mar y el sol.

LA AIRE de los truenos y las tormentas
con una de las delicias de nuestra
ciudad que es el mar y el sol.

LA AIRE de los truenos y las tormentas
con una de las delicias de nuestra
ciudad que es el mar y el sol.

LA AIRE de los truenos y las tormentas

con una de las delicias de nuestra

ciudad que es el mar y el sol.

En 1918
1918

Rabia

DIGO tu nombre, sí. Y en la serena
voz de duelo que alzada sobre el llanto
clama por tí, la pena calla tanto
que, en lugar de a dolor, a piedra suena.

Perdí tu corazón y me envenena
la soledad que, vánamente, espanto.
Tan solo de cenizas ya levanto
la lumbre que a mis ojos enajena.

Tú encendías el sol, cada mañana,
para ellos. Ahora voy a ciegas,
a la sombra tirándole bocados,

que ya la rabia mis redaños gana.
¡La rabia, sí, de ver cómo me niegas
tus sueños, por mis sueños fecundados.

Salvado del infierno

LA que soñó Jacob no era mi escala;
la escala de mi sueño se perdía
en un negro agujero; descendía
—como esa lenta lluvia que resbala

pegándose al cristal— por una rala,
de vida despojada, geología.
Un ángel de carbón, que se cernía
debajo de mis pies, una bengala

hizo arder. Mis pupilas se cegaron.
Se amotinó la sombra en torno mío.
¿Cuántos siglos cayendo? ¡Quién recuerda!

Sólo sé que tus brazos me salvaron
cuando a la sima de mi desvarío
me los lanzó tu amor, como una cuerda.

Amanecida

ALTA, la noche, enciende una sonrisa
de presentida luz y su cerrojo
descorre, liberando de su enojo
a la aurora, amazona de la brisa.

Por escalas aéreas, sin prisa,
baja la luz, parándose a su antojo
en el jazmín nevado y en el rojo
clavel recién abierto en fresca risa.

Ya los pavos reales se desmayan
brindando al arco-iris nueva clave:
ya sus colas de azul y oro estallan.

Y surca el sol en su dorada nave
las aguas litorales de esta hora
que no es mañana aun ni ya es aurora.

Voz de silencio

APAGA tu palabra ya y espera
que el silencio sea luz. Vengo cansado
de navegar ruidos y a tu lado
llego sin voz. Varado en tu ribera

mi corazón recobrará su entera
música. ¡Ni un suspiro me ha quedado
para el recuerdo! Sólo, desolado
ruiseñor, arruiné mi primavera,

quemé en un canto inútil la armonía
y bebí oceanías de ruidos,
hueras palabras... ¡Mira, calcinada,

mi voz, en las hogueras que mentía!
Y ábrele a mi silencio tus oídos,
que es, mi silencio, voz enamorada.

Amor vigilante

TE fui censor de cada pensamiento
en el correo fiel de las miradas.
Y sus claves me fueron reveladas
desnudando a la voz de fingimiento.

Velaban tu amoroso sentimiento
las pupilas, fingidamente airadas,
bellas encubridoras, delatadas
por su disimulado arrobamiento.

El antifaz adusto que encubría
la exaltación de amor que te embargaba
se te cayó a los pies de mi alegría.

Y así, el complot mimoso de tu enfado
quedó, por la amorosa policía
de mis ardientes besos, sofocado.

Cifra de mi ser

TU, corza de mis bosques; tú, sirena
de mis mares y ondina de mis ríos;
áncora y viento, tú, de mis navíos;
tú, solitaria palma de mi arena.

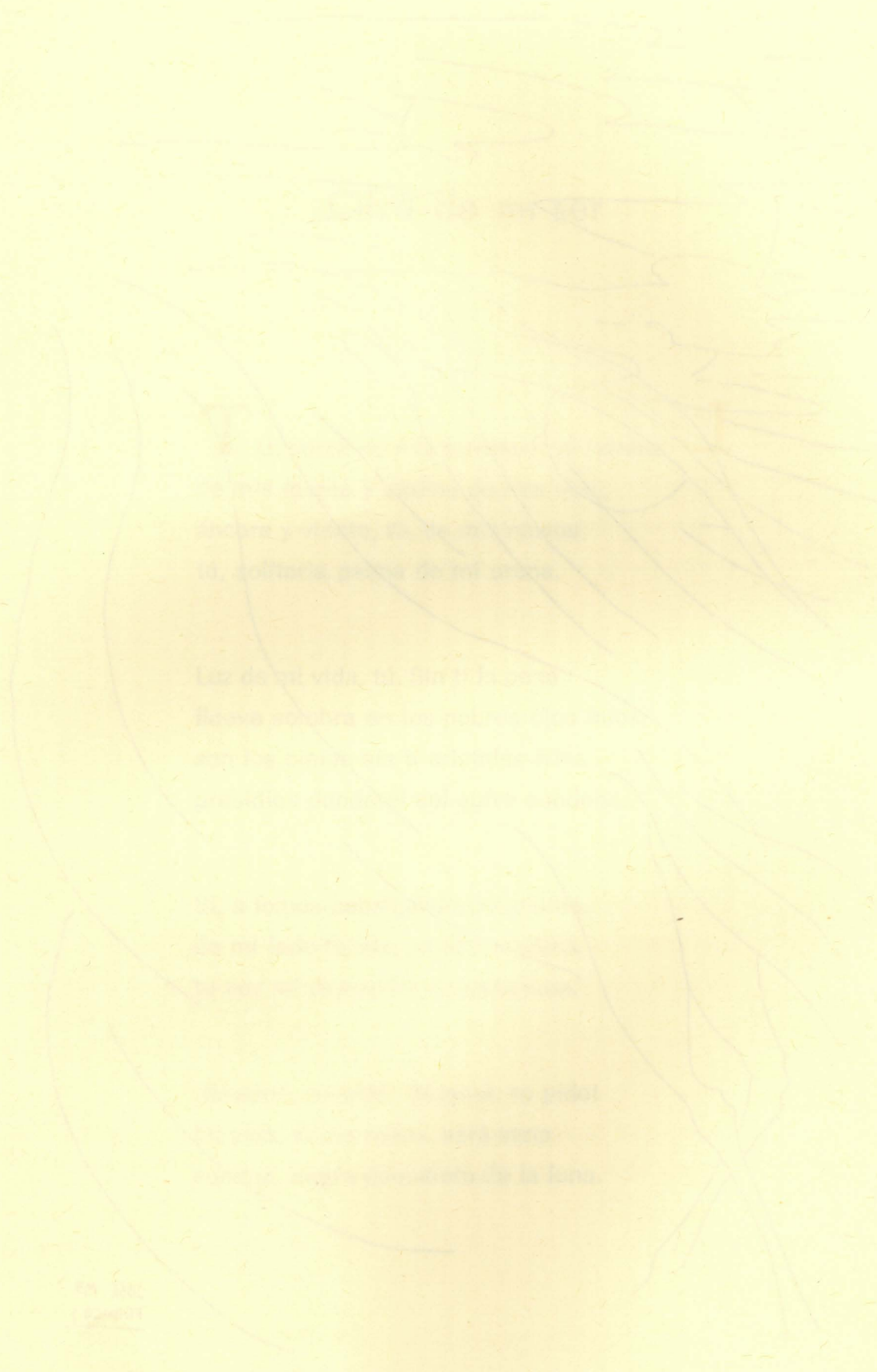
Luz de mi vida, tú. Sin tí la pena
llueve sombra en los pobres ojos míos;
son los cielos sin tí cristales fríos,
presidios donde el sol sufre condena.

Si, a lomos cabalgando del olvido,
de mi lado te vas, si una mañana
tu voz mi despertar no desayuna,

¡llévame, muerte; llévame, te pido!
Mi vida, si me faltas, será vana
sombra, negro esqueleto de la luna.



JOSE M^a
FRANCO |



Faint, illegible text is visible in the center of the page, likely bleed-through from the reverse side. The text is arranged in several paragraphs and is too light to transcribe accurately.

Small, faint text or a stamp is located in the bottom left corner of the page.

Horario agreste de amor

LA mazorca del alba se desgrana
sobre la falda de los encinares.
Al silencio le cuelgan sus collares
madrugadoras lenguas de campana.

Buscan el corazón de la mañana
rubias lanzas de sol. Entre adelfares
va el río, espoleado en sus ijares
por espuelas de menta y mejorana,

El perro de la sombra huye, dejando
atrás tréboles, trigos, maizales...
¡Y ahora sí que madura aprisa el día!

A la luz de sus ojos sazonando
racimos de minutos matinales,
llega a los campos ya la novia mía.

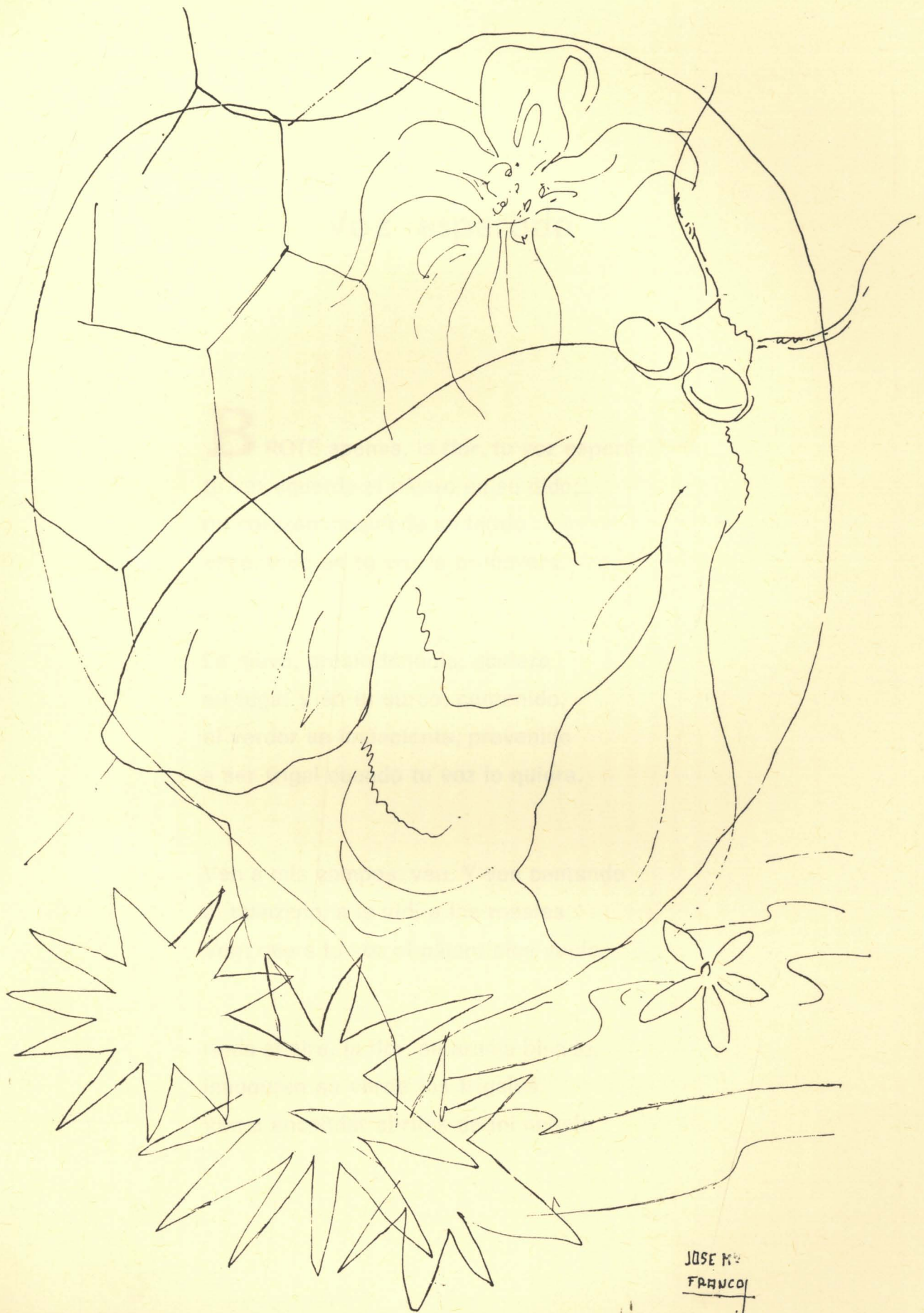
Ausencia

COMO una abeja azul anda mi anhelo:
sin llegar a volar y sin posarse.
Arden cielos de azufre sin quemarse
y se incendian las rosas en el hielo.

El jazmín se hace pez. Y, por no ahogarse,
nada en añiles de entre mar y cielo.
Hay montones de estrellas en el suelo,
muertas de sed. El sol, sin inmutarse,

entra en los toros como cualquier día.
¿Por qué será mi corazón de arena
si hay panales con miel? ¿Y por qué haría

Dios la mujer de pan y de azucena?
Mientras las fuentes lloran de alegría
va la espuma riéndose de pena.



JOSE M.
FRANCO

ANEXO

El presente es un documento de trabajo que se elaboró en el marco de la investigación que se está realizando en el área de la salud pública y se pretende que sea de utilidad para los interesados en el tema.

El presente es un documento de trabajo que se elaboró en el marco de la investigación que se está realizando en el área de la salud pública y se pretende que sea de utilidad para los interesados en el tema.

Este es un documento de trabajo que se elaboró en el marco de la investigación que se está realizando en el área de la salud pública y se pretende que sea de utilidad para los interesados en el tema.

Este es un documento de trabajo que se elaboró en el marco de la investigación que se está realizando en el área de la salud pública y se pretende que sea de utilidad para los interesados en el tema.

Voz esperada

BROTE apenas, la flor, tu voz espera;
tu voz aguarda el pájaro en su nido;
mi corazón suspende su latido
esperando en tu voz la primavera.

La nieve, presintiéndola, acelera
su fuga; y en el surco, contenido,
el verdor se impacienta, prevenido
a ser triguero cuando tu voz lo quiera.

Ven a mis campos, ven. Y ven cantando
al manzano, a la vid, a los rosales...
Ven; que a tu voz el pájaro alce vuelo,

rinda al aire, la flor, su aroma blando,
inauguren su verde los trigales.
Ven a encender abril de mi anhelo.

Amor cantando en el árbol

HAY dos nombres cantando, en la corteza
del árbol, la que fue dulce aventura
de corazones dos, que flecha dura
de amor hirió, cobrando doble pieza.

Una fecha señala donde empieza
del «¿me quieres?» y el «sí» la edad segura.
¡Qué evocación, que fina gracia pura
las que grabó el amor en su pureza!

«Juanita Pérez y Manolo Flores.
Mil novecientos treinta». ¡Oh, esplendores
purísimos de ensueño y poesía!

Los lirios celan y patrulla el viento,
custodiando al precioso documento
en que el amor da fe de que... ¡existía!

Tocador

Para una litografía del siglo XVIII

PLATA. Nácar. Ungüentos. Cristalina,
veneciana, pulida luna clara.
Carey, cristal y níquel. Y una rara
atmósfera, entre flor y medicina.

Semidesnuda, lánguida, felina,
coges, destapas, hueles una cara
esencia, ya la sueltas, ya se para
tu mano en la empolvada borla fina.

Rosa, de seda, la cortina vela
el exceso de luz que desconsuela
tu gracia, flor que el tiempo ya marchita.

Y te ha visto la luna de Venecia
de tu espejo, llorar la peripecia
del brigadier que no acudió a tu cita.



Arroyo

LA fina juncia va, y el avellano,
en verde, vegetal cartografía,
dibujando la tierna hidrografía
del arroyo, fluvial intento enano.

Sobre su cauce inclínase el manzano
en florida o frutada cortesía;
de su aromada, dulce mercancía
le ofrece lo mejor cada verano.

Albergue brinda, en márgenes de flores,
a mirlos, chamarices, ruisseñores
que, en moneda de trinos, cada día

pagan el alquiler de su morada.
Caudal feliz, ignora la riada
y no sabe el dolor de la sequía.

Renacimiento

DEJADME estar varado en la ribera
tibia del mar antiguo de mi vida,
mis sueños reposando en la mullida
alfombra de la vieja primavera.

Dejadme así: dejadme con mi entera
libertad, con mi angustia estremecida,
con la sal de mi llanto y la medida
justa de mi verdad y mi quimera.

Dejadme disfrutar este momento
en que, desde mi altura a mi cimiento,
soy tan yo mismo, tan ensimismado,

tan sintiendo mi sangre y su latido,
que resucito de mi propio olvido
y me siento nacer de mi costado.

A Cayetano Gómez Lobo, gran cazador de imágenes

TU aprisionas la luz; tú, la reduces,
la amansas, la suavizas y la quietas.
¿De qué mañas te vales? ¿De qué tretas,
para domar las sombras y las luces?

Las calles de los pueblos andaluces,
los viejos campanarios, las veletas
herrumbrosas, las mies y las carretas,
los roquedos, los árboles, las cruces

del camino, la espuma, el oleaje
del mar, que pone al filo de la arena
de la playa festón de vivo encaje,

se dejan apresar de tí sin pena:
porque saben que salvas al paisaje
del morir a que el tiempo le condena.

Nadadora del alba, sorprendida

BAÑADA en luz purísima de aurora,
tu desnudez, sorprende al manso río
cuando deslizas en su claro y frío
cristal tu gracia audaz de nadadora.

Del invierno y la hora vencedora,
la llama de tu cuerpo, da al sombrío
cauce breves relámpagos de estío
y con reflejos de oro al pez colora.

Te sorprendió, madrugador, mi anhelo
que, siguiendo tu paso por el hielo,
procuraba tu dulce compañía.

Y mudo estoy, fundiéndome al paisaje,
mientras mis ojos van al abordaje
de tu pura, desnuda morenía.

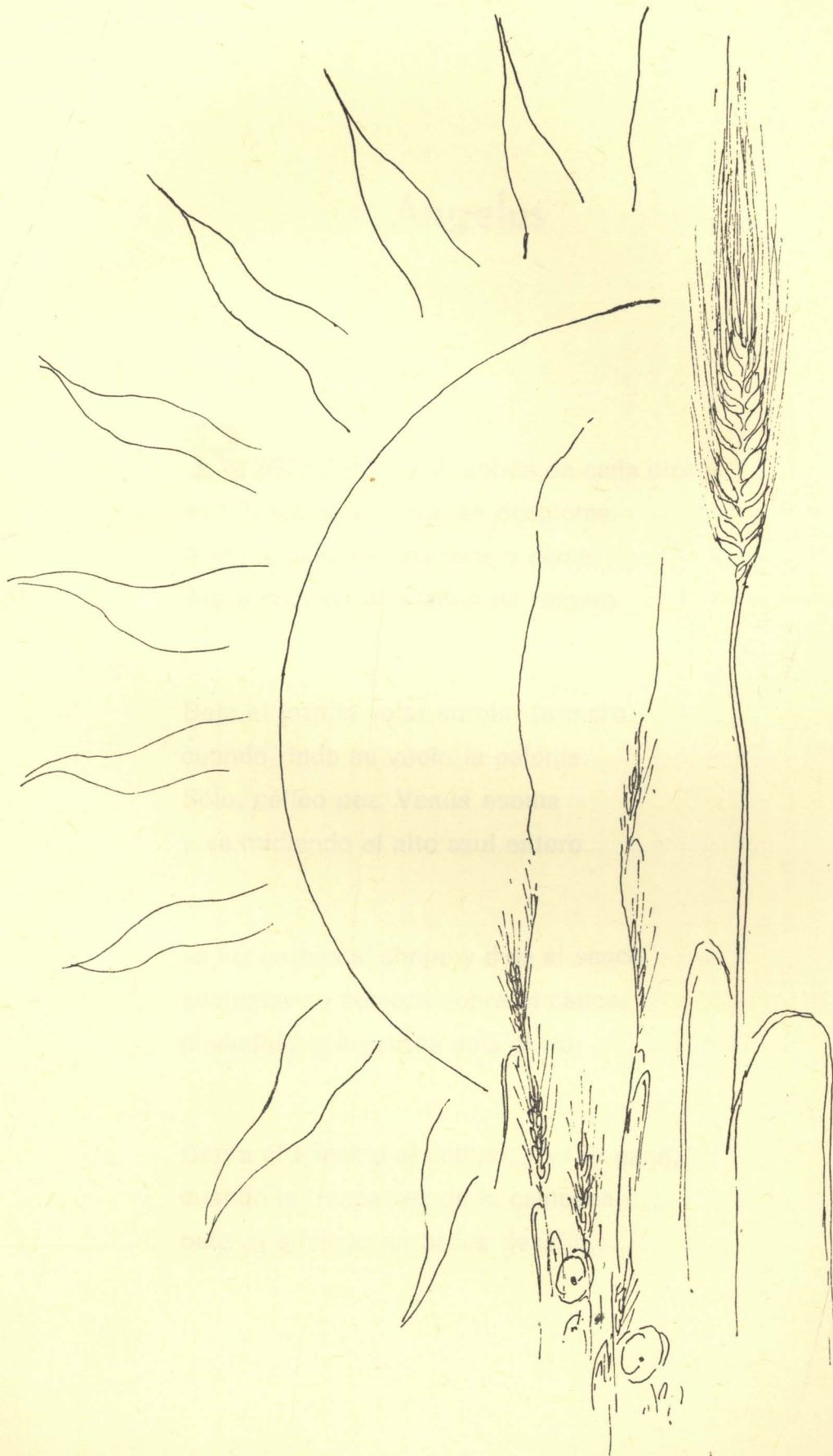
Sazón

AULAS de viento y sol frecuente el trigo
que en granazón de espigas se doctora.
La cizaña su negra envidia llora
y yo al Buen Dios Agricultor bendigo.

El sol, maestro de sazón y amigo
del cereal, con blando fuego dora
mis trigos. ¡Oh, la gracia de esta hora
canicular! Decidme: ¿Quién conmigo

en gozo se compara y alegría?
La rubia mies, entorno mío, mía,
a mi desnudo brazo acariciando,

para su gloria vegetal me gana.
Y mi alma, bajo el sol de la mañana,
como una espiga más, se va dorando.



JOSE M^a
FRANCO

Sazón

A la sazón de verano, cuando el trigo
está en flor, y el campo se ve
verde y fresco, y el viento levanta
polvo de los caminos, y el sol

Es un maestro de sazón y ampara
al campo, con sus rayos de oro
y de plata. Oh, la gracia de esta hora
de verano, de verano, de verano

de verano, de verano, de verano,
de verano, de verano, de verano,
de verano, de verano, de verano,
de verano, de verano, de verano

de verano, de verano, de verano,
de verano, de verano, de verano,
de verano, de verano, de verano,
de verano, de verano, de verano

Angelus

RESTAURA el sol, detrás de cada otero,
su fábrica de luz, que se desploma.
A la impaciente luna bate y doma
sobre campos blindados de romero.

Deja el jazmín volar su olor primero
cuando rinde su vuelo la paloma.
Sólo, célico pez, Venus asoma
y va midiendo el alto azul entero.

La luz corona al chopo y deja al sauce
adelantar su sombra sobre el cauce,
pisándole la argénteo cola al río.

Cerca al silencio al campo, y ya le gana,
cuando la fresca voz de la campana
bate al silencio en breve desafío.

Triunfo y aval de la Primavera

UN aire nuevo llega, aventurando
tentativas de flor entre la helada
angustia de la tierra dominada
por el invierno. Con su dulce y blando

caudillaje, al rosal movilizando
para su rebelión alborozada,
derrota por sorpresa a la invernada,
al pájaro y la flor entronizando.

Agita el campo verdes banderolas
laureadas de lirios y amapolas,
abre la brisa cárceles de aromas

y silba el mirlo su canción primera.
Avalando a la jovén primavera
rubrica el cielo un vuelo de palomas.

Tu aparición sobre el trigo

FRAGANTE olor difunde el pasturaje
verde, mar navegado de amapolas.
Se espera ver surgir de entre las olas
del trigo alguna ondina que, al estiaje

huyendo, abandonó el fluvial paraje,
cauce ahora seco, arena y piedra solas.
Y eres tú —la sombrilla que enarbolas
te anuncia sobre el borde del paisaje—

realizadora de mi fantasía.
Formas das a mi sueño en tu figura.
Y ya llegas, el prado remontando.

Ya estás aquí. ¡Con qué fuego ceñía,
acariaciaba el trigo tu cintura
cuando hacia mí venías caminando!

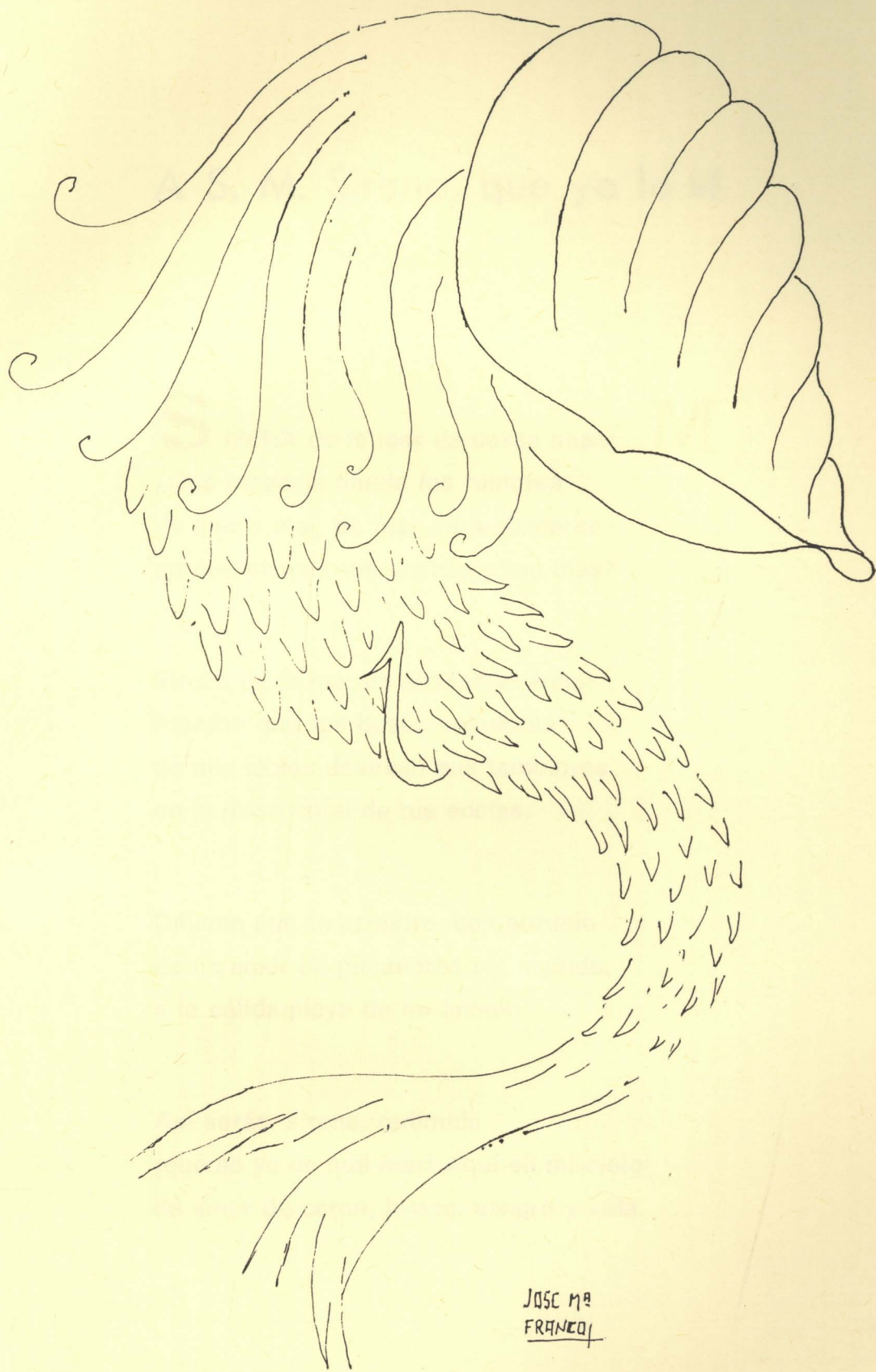
Nereida exiliada

MIRA tus caracolas más leales,
muertas, yacer sobre la ardiente arena,
por seguirte en tu exilio de sirena
culpada de traición a los corales.

Sobre la espuma y las amargas sales
del mar, que dicta y llora tu condena,
se desploman, minadas por la pena,
desoladas, las olas litorales.

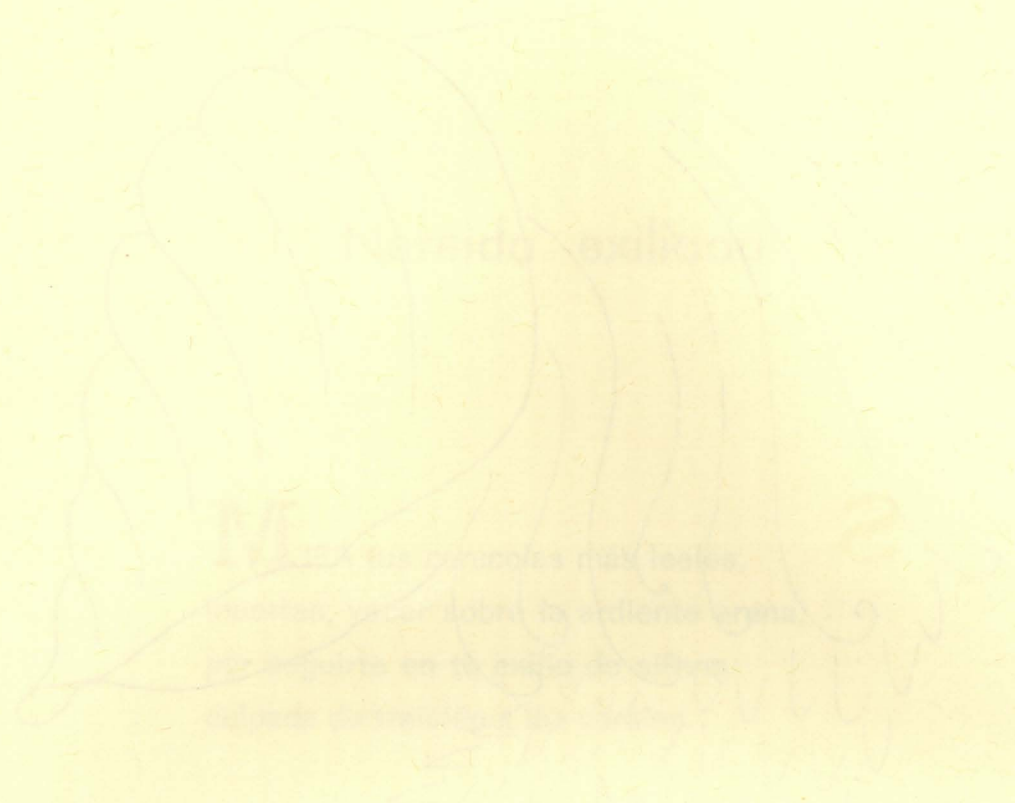
¡Ay, nereida exiliada! ¡Quién pudiera
alcanzar el perdón de tus pecados,
volverte al mar y al hondo mar seguirte!

Abogado del agua yo me hiciera
para solicitar de sus juzgados
la gracia de apresarme y redimirte.



JOSÉ M^a
FRANCO





Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.



A S. M. Sirena, que yo la ví

SIRENA de la mar de cosas mías:
¿Qué caracola muele los rumores
de mar y mal, de mar de malamores
en que ahogas tus noches y tus días?

Sirena de la mar de ausencias frías:
Permite que los besos voladores
de mis labios desoven sus temblores
en la playa coral de tus encías.

Déjame que te arrastre, con anzuelo
de un amor de pleamores sin medida,
a la cálida playa de mi anhelo.

Así serás, sirena, redimida
¡qué sé yo de qué mar! Aquí en mi cielo
de amor de carne, hueso, sangre y vida.

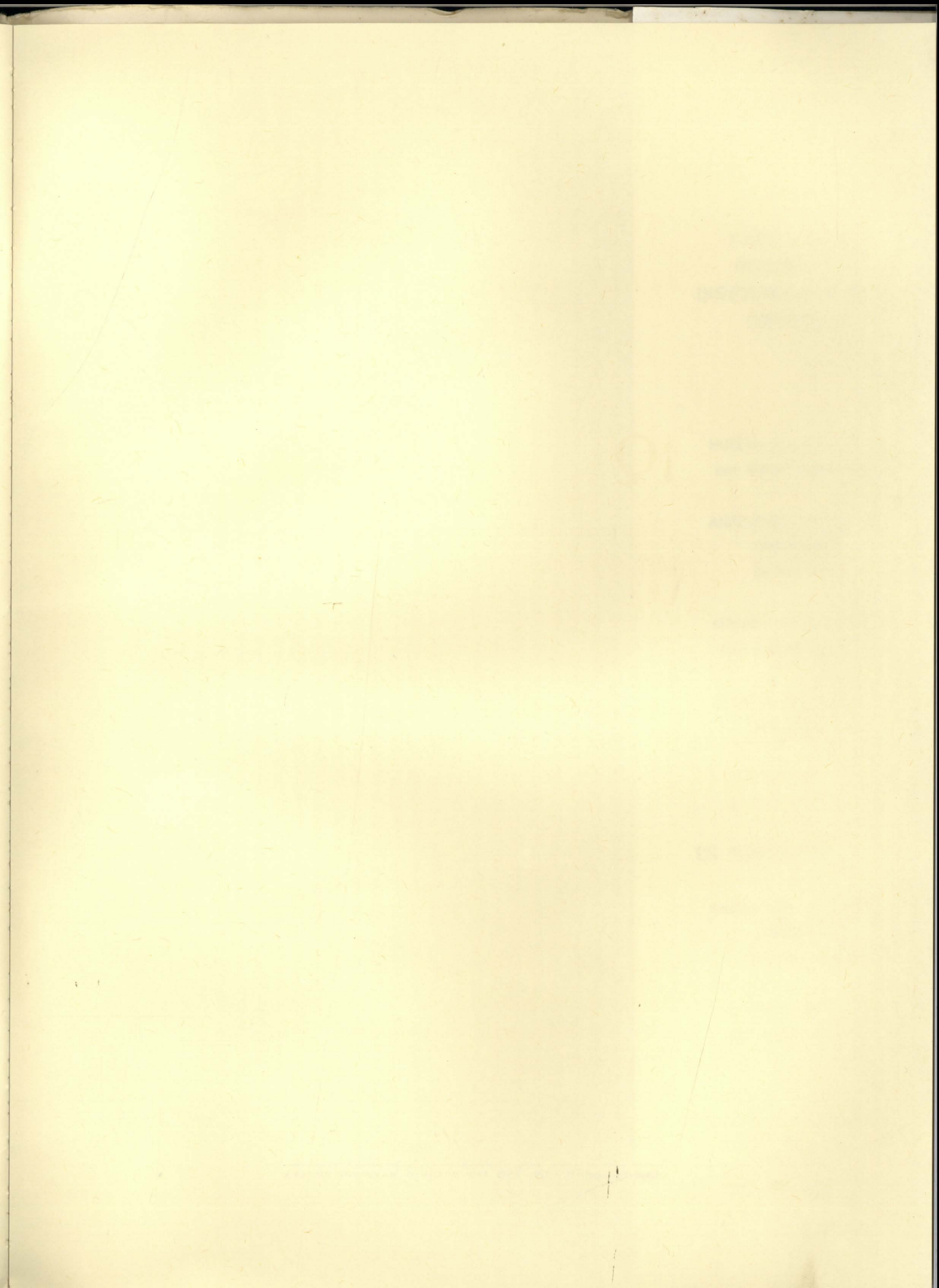
Milagro en la Puerta del Sol

¡QUE pedrada de sol hirió al invierno
a su imprevisto salto del tranvía!
La confiada nieve que caía
halló en su pelo tentación e infierno.

¿De qué playas llegaba? ¿De qué eterno
verano, en bronce vivo, nos venía?
El jilguero de la pajarería
a tan esbelto estío cantó tierno;

el cacto congelado entre cristales
y hasta el clavel, en trapos mal fingido,
que del bar son mentidos vegetales,

se encendieron de vida verdadera;
reverdeció un limón casi podrido
y, en un grabado, ardió la primavera.



Atilagró en la Puerta del Sol

¡Q

ue el verano de los días al invierno
se lo regaló el viento del verano.
La mañana de los días de verano
se lo regaló el viento del verano.

Que el verano de los días al invierno
se lo regaló el viento del verano.
La mañana de los días de verano
se lo regaló el viento del verano.

el cacto congelado entre cristales
y hasta el cielo, en trapes mal flojido,
que del bar se enmendados vapores.

se extendieron de vida verde dura
revelación de limón una paciencia
y en un grabado, arriba de la alfombra.

PUBLICACIONES
POETICAS DEL
INSTITUTO DE ESTUDIOS
ONUBENSES

HUELVA LEJANA Y ROSA,
por Rafael Gómez Pérez

ANTOLOGIA DE POETAS
ONUBENSES,
(primer tomo)

MINERO DE ESTRELLAS,
por José María Morón

TREINTA SONETOS DE
Jesús Arcensio

EN IMPRESION:

ANTOLOGIA DE POETAS
ONUBENSES
(Segundo tomo)

POEMAS
por Rogelio Buendía

UNIVERSIDAD DE HUELVA
BIBLIOTECA



0000224286

